

Religión

LO DIVINO

Y LO HUMANO

EN LA IGLESIA

Muchos preferirían este otro título: **Grandezas y miserias de la Iglesia**, respecto del cual hay que conceder que es más propagandístico por su regusto de escándalo. Pero en todo caso el título importa menos.

El tema es muy antiguo, como que hunde sus raíces en el mismo Evangelio y siempre ha estado presente en la mente de la Iglesia. Puede con todo decirse **moderno**, atendida la importancia capital que le conceden y la empeñosa atención que le consagran los eclesiólogos modernos.

Ya en la primera mitad del siglo XIX nuestro asunto había despertado el interés de varios autores de categoría; a partir del Concilio Vaticano (1869-70) el interés aumenta constantemente hasta convertirse en una de las principales preocupaciones de la Cristiandad erudita en nuestros días.

Preocupación de la Cristiandad, ya que en el esfuerzo por iluminar el tema colaboran, aunque con diversa orientación y criterio, escritores de todos los sectores cristianos: católicos, protestantes de las más diversas tendencias y orientales disidentes.

No se trata de un fenómeno de obsesión colectiva; existen razones poderosas que explican tan solícito empeño. Sobre el tema, ya de suyo interesante, vierten su crecido caudal de preocupaciones dos poderosas corrientes modernas que podríamos llamar **reformismo y ecumenismo o unionismo**.

* *

Los años que llevamos pasados del

presente siglo han sido excesivamente tormentosos; perturbaciones profundas, violencias tremendas, sufrimientos inauditos; pavorosas ruinas materiales y morales. Manchados quedarán en la Historia con lodo, sangre y lágrimas. La consecuencia es que nos toca vivir tiempos de crisis, de fermentación, de examen. Es natural que los espíritus conscientes se pregunten las causas del desbarajuste y sueñen y anhelan un mundo nuevo, un mundo mejor en todos los órdenes. Las voces de crítica y las ansias de reforma apenas dejan en paz institución alguna, y se refieren también, concretamente, a la Iglesia. En las críticas relativas a la Iglesia se mezclan las voces más diversas: unas vienen de fuera, otras de dentro; unas resuenan destempladamente, otras mansamente; algunas son rabiosamente iconoclastas, en el acento de muchas es preciso reconocer el más sincero, limpio y cristiano deseo de renovación espiritual.

Este reformismo, puesto que no se contenta con un retoque superficial, sino que anhela una transformación profunda, se encuentra en su primer paso con esta cuestión fundamental: ¿que elementos integran la Iglesia? ¿Son todos reformables o los hay intangibles? Y en este caso ¿con qué criterios y por dónde trazar la línea divisoria que determine el campo de las posibles reformas?

* *

Otra corriente que por diversas circunstancias se ha intensificado sorprendentemente en los últimos decenios es el **ecumenismo**, la tendencia de las diversas Iglesias cristianas hacia la mutua unión. La actual disgregación del Cristianismo es chillantemente opuesta a los deseos más vivos y más encarecidamente recomendados del Corazón de Jesús, y resulta un escándalo grave para el mundo infiel. Las apremiantes palabras del Divino Maestro (Juan 17, 21, 23): "que todos sean una misma cosa"; "que sean consumados en la unidad", resuenan en nuestros días misteriosamente y estremecen saludablemente los corazones de los cristianos sinceros en todas las zonas del Cristianismo. Es manifiesto que, para llegar a la suspirada unión, las diferentes Iglesias cristianas han de renunciar y sacrificar aquellas propiedades distintivas que, por su profundidad, volumen y falta de fundamento, rompen caprichosamente la unión. Pero en este punto

nos sale de nuevo al paso la misma cuestión: ¿Cuáles de las características diferenciales de las iglesias cristianas son eliminables o reformables y cuáles no? ¿Cuáles de dichas propiedades fueron inmutablemente determinadas por Jesucristo y son por lo tanto intangibles, y cuáles son aditamentos humanos, sobrepuestos, más o menos acertada o desacertadamente, a la estructura eclesiástica esencial creada por Jesucristo, y por lo tanto reformables?

* *

Para evitar confusiones será necesario precisar y deslindar cuidadosamente los conceptos. Es claro que tratamos no de la iglesia triunfante sino de la Iglesia militante. La iglesia triunfante, la Iglesia en su estadio definitivo, o sea, la congregación de los fieles que, habiendo triunfado definitivamente por Jesucristo en las pruebas de la vida presente, poseen ya la bienaventuranza eterna; incluye sí elementos humanos, pero tan endiosados que no necesitan ni reformas ni campañas unionistas. Nada manchado ni defectible ni antagónico entra en la celestial Jerusalén. En ella se verifica en el grado más perfecto la reducción de todos los individuos a la unidad ideal: un solo corazón y una sola alma.

Hablamos de la Iglesia militante, de la Iglesia que, siguiendo los ejemplos, la doctrina, las disposiciones de Jesucristo, lucha en el destierro de la vida presente, por servir a Dios y conquistar la bienaventuranza eterna.

La Iglesia militante, única de derecho, por institución de Jesucristo, es múltiple de hecho, por la miseria humana; entre las diversas Iglesias cristianas esencialmente diferentes, una solamente puede ser la verdadera Iglesia de Jesucristo. En cuanto vamos a decir, tendremos presente principalmente a la Iglesia católica, si bien casi todo ello podría aplicarse, con las debidas salvedades fáciles de entender, a las demás Iglesias cristianas.

* *

En la Iglesia católica podemos distinguir, siguiendo a Santo Tomás tres aspectos diferentes: aspecto formal, aspecto material, aspecto integral.

El aspecto formal o forma de la Iglesia es lo que la especifica, caracteriza y diferencia de cualesquiera otras asociaciones aun religiosas, aun cristianas. El

Concilio Vaticano nos enseña que Jesucristo, para perpetuar la obra de la redención, edificó su Iglesia, confiriendo a los Apóstoles, y mediante ellos a sus legítimos sucesores, una participación de sus poderes mesiánicos, con el fin de que ellos reuniesen y mantuviesen unidos a los fieles con los vínculos de una misma fe y caridad. El destino, la constitución, los poderes y medios sobrenaturales determinados y conferidos por Jesucristo a su Iglesia, son los elementos que integran su aspecto formal.

Pormenorizando, podemos decir que pertenecen e integran el aspecto formal de la Iglesia, Jesucristo y el Espíritu Santo, como Cabeza y Alma, respectivamente, del Cuerpo de la Iglesia, que con su acción continua son la causa eficiente principal de toda la vida sobrenatural de la misma Iglesia; el sacrificio de la nueva alianza y los Sacramentos dispuestos por Dios como causa instrumental sensible y simbólica de esa misma vida; las gracias, virtudes y carismas; el sagrado depósito de la revelación divina; las tres potestades mesiánicas de magisterio, sacerdocio y régimen, derivadas de Jesucristo, que habilitan a los hombres para ser aptos ministros de la Iglesia; la disposición ordenada y jerárquica de todos estos elementos, establecida por Dios y encaminada al logro del fin sobrenatural de la Iglesia. Todos estos elementos son divinos, o en sentido propio, en sí mismos (Jesucristo, el Espíritu Santo), o por su origen puramente divino y su fin sobrenatural (los demás); están exentos de toda culpa, error, inadaptación, caducidad; quedan muy por encima y son inasequibles a las fluctuaciones humanas; son sencillamente irreformables, intangibles. Lo que Dios estableció el hombre no lo destruya.

En este aspecto formal de la Iglesia pensamos todos consciente o inconscientemente cuando hablamos de la Iglesia "nuestra Madre" o de los ministros de la Iglesia, expresiones en las que contradistinguimos a la Iglesia de sus miembros y aun de sus propios ministros. Este es el aspecto al que los santos Padres gustaban de atender principalmente. Tanto que ordinariamente reducen a ese elemento sobrenatural y divino el sentido de la palabra Iglesia. Por esta restricción del concepto se comprende que insistan normalmente sin reservas, en la santidad de la Iglesia; que sitúen a la Iglesia muy por encima y fuera del alcance de las mi-

serias humanas, las cuales, según ellos, pueden afectar y afean de hecho frecuentemente a algunos de sus miembros, únicos responsables de las mismas, no a la misma Iglesia.

Tal sucede con diversas expresiones de San Ambrosio, por ejemplo cuando llama a la Iglesia "inmaculada ex maculatis" (sin mancha, aunque compuesta de miembros manchados); cuando afirma que la Iglesia "no es vulnerada en sí misma, sino solamente en sus miembros; que a la Iglesia "no la tortura el remordimiento de pecado alguno". San Agustín por su parte apenas puede tolerar se diga que manchan a la Iglesia los pecados de sus miembros. Insistiendo en las palabras de San Pablo (Efesios 5,27), prefiere afirmar rotundamente la santidad de la Iglesia, Esposa gloriosa de Jesucristo, sin mancha ni arruga ni defecto.

Los grandes teólogos escolásticos reflejan y retienen fielmente esta doctrina y enfoque patrístico, no sin recoger en sus escritos otro punto de vista posible y otra terminología diferente sobre el mismo asunto. En Santo Tomás encontramos un ejemplo excelente. Comentando el Santo Doctor el pasaje citado de San Pablo sobre la Iglesia "sin mancha ni arruga ni cosa parecida", recoge el sentir de los Santos Padres y concluye: "Es indecoroso que el Esposo inmaculado se despose con una esposa manchada, por eso la presenta ante sí inmaculada, aquí (en la vida presente) por la gracia, en el futuro (en la vida venidera) por la gloria". Sin embargo, -en un pasaje de la Suma teológica, (3, q. 8, a. 3) refiriéndose al mismo pensamiento paulino de la Iglesia sin mancha, advierte: "Esto se verificará perfectamente en la patria (en la gloria), no en la vida presente".

La misma concepción aparece en los documentos del Magisterio eclesialógico, nuestro mejor orientador en éste como en todo estudio religioso. Baste recordar un pasaje de Pío XII en su Encíclica "Mystici Corporis" (AAS 35 (1943) 225). "Si en la Iglesia, escribe, se descubre algo que arguye la debilidad de nuestra condición humana, no hay que atribuírselo a su constitución jurídica, sino más bien a la deplorable inclinación de los individuos al mal, que su Divino Fundador permite aún en los más elevados miembros de su Cuerpo místico. . . Mas en sí misma esta madre piadosa brilla sin mancha alguna en los

Sacramentos. . ., en la fe que en todo tiempo conserva incontaminada; en las santísimas leyes. . ., finalmente en los celestiales dones y carismas. . . Y no se puede imputar a ella el que algunos de sus miembros se hallen en la prostración, enfermos o heridos, en nombre de los cuales suplica ella a Dios todos los días: Perdónanos nuestras deudas. . ."

* *

Pero en la Iglesia, además del aspecto formal y en íntima unión con él, encontramos otro aspecto, el material; sus elementos divinos se entretajan y encarnan, por decirlo así, en los elementos humanos, así como en Jesucristo, divino modelo de la Iglesia, la Divinidad se unió estrechamente con su sagrada Humanidad. La misma palabra Iglesia, atendida su significación etimológica: convocación o asamblea (de fieles convocados), subraya principalmente el elemento material, humano. Este mismo punto de vista se observa en la definición más corriente de la Iglesia. Suele ésta definirse brevemente: la congregación ordenada de los fieles cristianos; más explícitamente: la congregación de los fieles cristianos que, aceptando la economía redentora de Jesucristo, se han incorporado a ella mediante el bautismo.

Hemos venido a parar en el aspecto humano (a veces excesivamente humano), de la Iglesia. Desde este punto de vista ¿qué podremos, qué tendremos que decir de la Iglesia?

En primer lugar que la Iglesia, atendida su elemento humano, atendida la multitud de los fieles que la componen, siempre podrá decirse santa, de derecho y hasta cierto punto de hecho. De derecho, porque la vocación de los fieles cristianos es la santidad, y porque cuentan con medios abundantes para realizar esa altísima vocación. A todos sus fieles nos manda Jesucristo (Mt. 5, 48): "Sed, pues vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". "Llamados a ser santos" dice San Pablo que eran los fieles de Corinto y los de Roma sencillamente porque eran cristianos (I Cor. 1, 2; Rom. 1, 7). Y el mismo Apóstol, a los fieles de Tesalónica, por la misma razón de ser cristianos, les intima: "Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (I Tes. 4, 3). Por lo demás es claro que Dios nuestro Señor no nos señala a los cristianos un destino inasequible; al destinarnos a la santidad nos pro-

mete los auxilios suficientes para conquistarla.

Es además santa de hecho, en cuanto que, según promesas terminantes de Jesucristo, su Iglesia siempre se distinguirá por la santidad efectiva: muchísimos fieles serán santos, al menos con aquella santidad ordinaria, inicial, que consiste en vivir habitualmente en gracia santificante; bastantes lo serán por aspirar seriamente a la perfección de la vida cristiana, y aun por realizarla en grado más o menos extraordinario; en fin siempre habrá algunos al menos, que lleguen hasta el heroísmo en la práctica de las virtudes cristianas.

* *

Sin pretenderlo parece como si hubiéramos andado rehuyendo el aspecto más desagradable del asunto, las miserias, que ahora nos salen al paso inevitablemente. Sí, hablemos de las miserias; son posibles en todos los miembros de la Iglesia; son reales, con proporciones diversas, en muchos. Hablemos de las sombras que sobre la misma Iglesia puede proyectar la indignidad de sus hijos. La verdad que tratamos de exponer, para nadie, si no es por su ignorancia, infantilidad o malicia puede ser causa de sorpresa ni ocasión de escándalo.

El Evangelio es suficientemente explícito en esta materia. Jesucristo compara el Reino de los Cielos en su estado terrenal, que es la Iglesia militante, con una heredad en la que crecen mezclados el trigo y la cizaña, hasta la cosección, que significa el fin del mundo; lo compara con una red barreada que aprisiona entre sus mallas toda clase de peces, buenos y malos. Los pescadores se encargan a su debido tiempo de la selección: recogen los buenos y arrojan los malos. También a los miembros de la Iglesia buenos y malos les llegará el momento de la discriminación definitiva: el juicio final.

La verdad teóricamente expuesta en las parábolas, queda ampliamente confirma-

da en el nuevo Testamento con interesantes ejemplos de los simples fieles y de los mismos Apóstoles. Dejemos por esta vez en paz al desdichado Judas, y olvidemos las negaciones y perjurios de Pedro en la noche triste. Todavía no se había comunicado a la Iglesia el Espíritu Santo con sus gracias y dones, su luz y fortaleza. Pero aún después de Pentecostés —el día en que los Apóstoles fueron revestidos de la virtud de lo alto, dotados de dones carismáticos excepcionales—, nos encontramos en ellos con incomprendimientos, flaquezas, defectos humanos. Estas sombras, tenues ciertamente, aparecen por ejemplo en la famosa discusión de Antioquía entre Pedro y Pablo (Gálatas 2, 11-16); y en la desavenencia entre dos entrañables amigos y compañeros de trabajos: Pablo y Bernabé, ocasionado por la conducta de Marcos (Hechos 15, 36-40).

Y si dirigimos nuestras miradas a las cristianidades primitivas, junto a la fe viva, el fervor candente, el desprendimiento completo, la caridad fraterna, la paciencia heroica en las persecuciones; tropezamos, no con tenues sombras, sino con negruras espesas: envidias, injusticias, disensiones, partidismos, impurezas, egoísmos, errores doctrinales, prácticas supersticiosas. Basta hojear las cartas de S. Pablo para encontrar ejemplos elocuentes. Escribe a los fieles de Galacia (Gálat. 3, 1. 3): 'Oh insensatos Gálatas. . . ¿Hasta tal punto llega vuestra necedad? ¿Tras el comienzo por el Espíritu, buscáis ahora la consumación por la carne?' En su primera carta a los Corintios dedica el Apóstol los seis primeros capítulos a desarraigar los abusos que iban apareciendo entre los cristianos.

Pero este punto de las miserias humanas en la Iglesia es tan interesante, tan práctico, tan expuesto a torcidas interpretaciones, que requiere un capítulo aparte. Gustosos se lo concederemos, Dios mediante, en la primera ocasión.

V. CANTERA, S. J.